

AMAR Y SENTIRSE AMADO

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

La amenaza más temida por el hombre hoy día es la del sufrimiento, tanto el físico como el psíquico. Muy extensa resulta la relación de uno y otro, pero me detendré en uno que quizás está latente en todos los seres humanos. Me refiero a la soledad y al aislamiento social, que algunos piensan que dependen directa y primariamente de la salud física y mental existente, sobre todo en los ancianos.

En todas las etapas de la vida es vital mantenernos en contacto con los demás. Muchas serían las razones que pueden argumentarse para apoyar esta afirmación, pero entre ellas sobresale, y domina todas las restantes, la necesidad que siente el ser humano de amar y sentirse amado.

Necesitamos, como seres racionales, de nuestros semejantes para conseguir nuestro propio crecimiento, lo cual se logra al compartir nuestras experiencias y exponer nuestros puntos de vista en un diálogo abierto y sincero, es decir, escuchando y teniendo en cuenta las experiencias y puntos de vista de quienes comparten con nosotros la aventura de vivir.

La amenaza del sufrimiento ocasionado por la soledad llega de la misma realidad de la que formamos parte y hay que diferenciarlo del aislamiento, porque en este último la causa puede ser voluntaria y no se le debe atribuir los efectos negativos que suele conllevar la soledad involuntaria, provocada por los demás.

La distinción es importante, pues conocemos que Nuestro Señor, en los momentos de compartir con nosotros su condición humana, buscó aislarse, romper con los ruidos externos, las preocupaciones y todo aquello que suele distraer de las cosas esenciales. Se retiró a orar, afirman los textos evangélicos, antes de tomar decisiones trascendentales para su misión.

Se conoce que innumerables santos y santas han preferido vivir en el silencio total para ofrecerle a Dios la oportunidad de que les hable. Y sin llegar a esos extremos, un buen cristiano requiere, al menos una vez al año, aislarse en silencio, como en un desierto material, para poder revisar, actualizar y dar nuevos impulsos a su compromiso bautismal.

Es probablemente en ese sentido que Antoine de Saint-Exupéry, nos dice en su conocida obra *El principito*: *Siempre me gustó el desierto. Te sientas sobre una duna, no ves nada, no oyes nada, y, sin embargo, algo está irradiando, en silencio, a tu alrededor. Lo que embellece al desierto es que en algún lugar esconde un pozo.*

En realidad, la capacidad de soledad es la capacidad de individuación, de emerger de los clichés y los estereotipos para llegar a ser uno mismo con todos los riesgos que eso implica.

Muy brevemente he repasado las virtudes y la necesidad de ciertos espacios de tiempo en la vida cotidiana, tan llena de preocupaciones, frustraciones, retos, angustias y alegrías, para reencontrar el rumbo o al menos rectificar la ruta y llenarnos de nuevos bríos para tomar la cruz y seguir caminando. Ahora quisiera analizar, también de modo sucinto, la soledad no buscada, el aislamiento no querido, que sufren tantos de nuestros semejantes.

Muchas veces, a lo largo de mis años de ministerio sacerdotal, al visitar ancianos, enfermos y personas solitarias, he escuchado una queja: *Tanto que me sacrificué por ellos -*

hijos, nietos, parientes y amigos- y ahora me encuentro solo y olvidado de todos. Antes de proseguir, es necesario referirse al concepto de sacrificio y delinear sus objetivos y límites.

Sacrificio no es una palabra simpática; su raíz arranca de un concepto religioso de todos los tiempos y de todas las creencias, aunque modernamente se ha extendido a las ideologías, sistemas económicos y otros terrenos sociales y políticos. Según su concepción más primitiva, es parte de un ritual, según el cual el hombre que se siente pecador quiere salvar la distancia que lo separa de Dios, tomando algo profano y ofreciéndoselo en sacrificio para reconciliarse u obtener su favor.

Esas personas mayores o no tan mayores que se quejan de la ingratitud de aquellos por los que se han sacrificado, esperaban, ciertamente, por parte de los mismos una compensación. La pregunta ahora es determinar si entonces hicieron esos sacrificios por interés o por amor, y entonces volvemos a lo expuesto anteriormente: todo ser humano necesita amar y sentirse amado.

Esa persona sola, ignorada, que incluso afronta carencias no sólo afectivas, sino también materiales, siente que no es amada por aquellos a quienes amó y por los que se sacrificó. Y el indicador es precisamente ese, la soledad. Siente como una palmaria injusticia el haber invertido tiempo, salud, preocupaciones... y no recibir a cambio nada o casi nada.

No olvidemos que *la vida florece siempre a costa de alguien*. ¿Quién podría vivir si otros muchos, empezando por nuestros padres, no sacrificasen una parte importante de sí mismos a favor de nosotros? Estamos en deuda con ellos y esto resalta aún más en una sociedad tan interrelacionada como la nuestra.

La soledad y el olvido, con el consiguiente abandono y despreocupación de quienes se sacrificaron por nosotros constituyen, en el orden ético, un acto de extrema injusticia, y es lo que tantos echan en cara a sus descendientes, y a esa familia aún mayor que representa el círculo de nuestros amigos, y tantos quizás que se han beneficiado a través de nosotros. En muchos casos, también es la queja de miembros de nuestra comunidad, hoy limitados por la edad, las enfermedades o una situación concreta, como la cárcel, quienes nos echan en cara el haberlos dejado en absoluta soledad.

Los Evangelios transmiten una escena desoladora en Getsemaní. Mientras Jesús agoniza, sumido en la más intensa angustia y clama al Padre, los discípulos más íntimos duermen. Puede más en ellos el cansancio y el sueño que la situación y el ruego del amigo. Ni Pedro, ni Juan, ni Santiago estuvieron a la altura de las circunstancias. Mejor hubieran acompañado a Jesús, aunque no dijeran nada, y solamente con su presencia solidaria atenuaran tanta angustia y soledad, pero, subrayo, fueron inconscientes de ello.

Lo anterior nos sucede muchas veces. No sabemos o no somos capaces de estar cerca del hermano, del amigo o del familiar que nos necesita y solicita un poco de nuestro escaso tiempo o de una palabra de cercanía y comprensión, un gesto cariñoso y solidario... Pero nosotros dormimos, estamos en lo nuestro.

Somos incapaces de escuchar a Dios en el grito o el llanto de nuestro hermano o sus problemas nos resbalan cuando nos encerramos en nuestro propio sufrimiento y minimizamos el de los demás, cuando no tomamos conciencia del momento y la situación que vivimos, cuando no hacemos frente a nuestras responsabilidades.

Sin pretender haber agotado el tema, no quisiéramos darlo por terminado sin hacer mención de quienes piensan que la solución está en llevar al anciano a un hogar para la tercera edad y transferir la responsabilidad de cuidar, acompañar y dar amor a unas religiosas cuya vocación está orientada en ese sentido. Lamentablemente, a veces no hay otra solución disponible, porque en la familia todos trabajan o estudian y sería peor dejarlos solos en la casa.

Pero esta decisión, que hasta donde es posible debe retardarse y contar con la anuencia del interesado, no exime de la obligación de evitar romper los vínculos afectivos. Es necesario visitarlos, recordar fechas señaladas (cumpleaños, Navidad, día de las madres o de los padres). Esto es un deber de justicia y una muestra de gratitud.